

# LA CARIDAD

PAX VOBIS

Semanario Católico con censura eclesiástica

Cartagena 1 de Abril de 1916

AÑO XII

No se devuelven los originales

Redacción y Administración: Plaza de los Tres Reyes, número 2

Número suelto cinco céntimos

N.º 602

## Cuestión de higiene

### moral y algo más

Sentencia es de la Sagrada Escritura la que asegura que «la justicia eleva las gentes, mientras el pecado hace miserables a los pueblos.» Y esta sentencia es el secreto de la Historia de la Humanidad y de los engrandecimientos y decadencia de las razas y de las naciones, y al propio tiempo explica estas catástrofes mundiales que inundan de sangre y de ruinas al mundo.

Es que apenas los hombres no son iluminados y regidos por las luces y auxilios divinos, en virtud de su libertad mal entendida, son ciegos y apasionados y se convierten en seres dañinos y de peor condición que los irracionales, los cuales siquiera conservan los instintos de preservación infundidos en su naturaleza por el Supremo Hacedor.

Pero entre la muchedumbre de pecados que llenan este valle de lágrimas, hay uno que tiene la primacía del absurdo y de la monstruosidad inherentes a toda rebelión de la criatura contra su Criador, esencia del pecado, sobre todo del mortal.

Nos referimos al pecado de la *Blasfemia*, o sea «toda expresión o palabra injuriosa a Dios a la Virgen o a los Santos.» Como desde luego se observará y enseñan los Doctores de la Iglesia, es pecado diabólico, y entre nosotros reviste el carácter de asqueroso. No vale decir que no se quiere injuriar a Dios, pues si un hijo da un bofetón a su padre, o le arroja a la cara, o contra su nombre, un puñado de inmundicia, necesariamente le injuria. Solo le hace venial, nota un autor, la inadvertencia; y aun en tal caso es difícil no sea grave en razón al escándalo que produce siempre la blasfemia, a no ser que se den cumplidas excusas a los oyentes.

La blasfemia puede revestir muchas formas; y aun con gestos y acciones injuriosos a Dios, a los Santos y a las cosas sagradas se incurren en ese pecado. También pueden decirse a sangre fría blasfemias, como v. gr. llamar a Dios Nuestro Señor injusto porque envía alguna tribulación o permite que en este mundo prosperen los malos. El cristiano sabe tiene que sufrir las penalidades de la vida según le ordenó y enseñó con su ejemplo el Divino Maestro, y que en la vida eterna es donde tendrá cumplida satisfacción la Justicia infinita respecto de los buenos y de los malos.

La blasfemia no solo hace reo de eterna condenación a quien la profiera, sino que atrae sobre los pueblos la in-

dignación de Dios, que los castiga a su tiempo con terribles azotes. Testigos de estas severas verdades los tiempos pasados y presentes.

Si la blasfemia es lenguaje de demonios y de los condenados, en cambio es un pecado hasta imbecil porque no trae bien alguno ni siquiera temporal. Y si es un estado pasional el que ocasiona ciertos desahogos de palabras, ahí está la razón y la voluntad, el deber y el temor a los terribles castigos, para retrenar ese lenguaje aprendido de los demonios. Y ya que no tenga esa fuerza de voluntad y carezca de virtud para ofrecer a Dios esa prueba, como debe hacer el buen cristiano, desahóguese al menos en gritos inoensivos, maldiga al pecado y al demonio; aunque siempre es mejor vencerse a sí mismo en esa lucha campal, que sin tregua debemos sostener contra los enemigos del alma, tan sabidos: mundo, demonio y carne.

Ahora un pequeño comentario a este preámbulo doctrinal sobre esta maldita llaga que está inficionando las lenguas y las almas de naciones en otro tiempo bien habladas y hoy, en expresión de un escritor católico, (Iris de Paz 14-8-1915) tan decidas, que con dificultad pueden arrojar de sí la fea mancha de blasfemadores de Europa es decir las tres naciones latinas, Francia, Italia y España. Explicado ese articulista por el estado de irreligiosidad y de abatimiento junto con la propaganda impia y la falta de eficaz corrección de las blasfemias, imprecaciones y obscenidades que ya se han hecho habituales hasta en muchos niños, profesionales, escritores, y hasta algunos parlamentarios. Y otro escritor, en el último Congreso Eucarístico de Madrid, atribuía a ese fenómeno la causa principal del predominio y superioridad de naciones como Alemania y otras en donde desde las alturas de la ley y de los Poderes y desde las capas sociales, ora con el consejo, con el precepto o con la protesta unánime sofocan ese desahogo del infierno y robuztecen el espíritu religioso, que consideran como apoyo de las autoridades y de la paz pública.

El señor Valdés, a quien nos referimos, proponía como antídoto para deterrar esa peste mortífera, además de la denuncia ante el Juez Municipal hecha por todo ciudadano a tenor de los artículos 240, 241 y 586 del Código Penal; y las represiones Gubernativas de Alcaldes y Gobernadores a tenor de las Leyes Municipales y Provinciales débese formar una verdadera legión de ciudadanos amantes de Dios y de su lengua y llegar a imponerse por medio de Ligas y otros medios como la conversación, la Prensa, la Asociación

Congresos, etc., a la opinión pública, reina del mundo.

Y con esto concluimos, siendo así que nos proponíamos rebatir los blasfemos, iracundos indocumentados y estafalarios escritos en *defensa* ¡¡¡pás-mese el lector!!! de la *Blasfemia* y del ateísmo, que con insistencia satánica viene publicando *El Socialista*. ¡¡Y esto en la católica España y para que lo lean honrados trabajadores bautizados y tal vez católicos prácticos!!!

X

## Sublime enseñanza

«Amad a los que os aborrecen; bendecid a los que os maldicen; devolved bien por mal; orad por vuestros enemigos.» (Nuevo Testamento)

«La venganza es placer de dioses.» Esta frase, usada ya de antiguo, repítela a veces algunas personas con tal fruición y malicia, que déjase vislumbrar, cómo sus espíritus son acérrimos partidarios de aquel «ojo por ojo y diente por diente» de la pretérita ley, después de ser abolida y reprobada por el Divino Maestro Jesús, en el Sermon de la Montaña.

Compadécelos, lector amado, bien seguro de que la venganza no reporta jamás ningún legítimo deleite.

Al contrario, si te fijas bien, podrás darte exacta cuenta de que ese vil sentimiento, no es otra cosa que un fruto ponzoñoso que, al llegar a nuestros labios, parece querer brindar un atisbo de dulcedumbre; mas luego, resultanos altamente dañino, pernicioso, mortífero, destructor de propias energías.

¡Feliz de tí, lector carísimo, si no sentiste vez ninguna sus desastrosos efectos!

Porque mira: el que se venga, el que arremete con infernal furia contra su enemigo, puedes crearme, no hace sino manejar un dardo, que retrocede, que vuelve sobre su camino y se clava en el corazón mismo del que le arrojó.

Y esto es claro, es manifiesto.

¿Has visto alguien que, al abrigar deseos de venganza, no se encolorice, no se obsesione?

Y el que en cólera se sume, el que se obsesiona, produce en su organismo una fiebre dañina, y no descansa, y no duerme.

Y esa fiebre, esa falta de mental descanso, ese insomnio ¿cómo evitar que perjudique a nuestra salud y a nuestra vida...?

Pero no es esto solo.

¿Y la impresión deprimente ante el riesgo de ser tachado de bajo, de miserable, de vil, por aquellos que nos rodean, que nos estiman, que nos conocen...?

A esto, hay que añadir el remordimiento. El que dominado por el deseo de venganza, calumnia, envenena, mata... ¿es posible que, ante el daño, ante el dolor, ante la desgracia, que ha repercutido tal vez en seres inocentes, es posible, digo, que no se estremezca, que no sienta el vacío en su corazón, que no presienta siquiera la responsabilidad ineluctable, segura, inevitable...?

Lector amado, no seas jamás rencoroso, no seas nunca vengativo. Si algún daño recibieras de un semejante tuvo, apresúrate a perdonarle; compadécete de él, que más así propio que a tí mismo ha perjudicado; y luego, si quieres redimirle de la esclavitud del pecado, (que será bien que así lo efectúes), tienes para ello un buen procedimiento; todo tu hincapié, todo tu afán, todo tu pensamiento, conságralos a ex-cogitar la manera de hacerle un bien, de otorgarle un favor; y esto, sin jactancia, sin orgullo, sino al contrario, con modestia, con humildad, con sencillez. Es maravillosa manera de salir triunfante; es recurso admirable que efectúa milagros estupendos.

Ve, si no.

Tu enemigo, para mirarte, tiene que elevar los ojos, porque te han colocado a inmensa altura sobre su perversidad: él, miserable, rastrero...; tú lleno de nobleza y de magnanimidad.

Tus parientes, tus amigos, todos los que te conocen, ven en tí un alma buena, un espíritu superior, un temple angelical, y se afirman más y más en tu cariño, y te estiman en mayor grado, y te admiran de más fija manera.

Tu alma, al contemplar el bien que has hecho, siente, satisfecha, un gozo indescriptible; ve a tu enemigo pesoso, arrepentido, dispuesto a corregirse, a ser bueno; considera el bien social que ha realizado trasmutando en oro la vil escoria de los bajos sentimientos de un pobre corazón; observa que, en el número de sus amigos, cuenta con otra unidad nueva, que ha ensanchado los dominios de su simpatía, que tiene a su disposición la cooperación y apoyo de otro ser más. Y sobre todo, piensa que allá, desde el Cielo, Dios la mira satisfecho y la bendice; y que Jesús, el Divino Jesús, se regocija al ver que no en balde enseñó a los hombres: «Amad a los que os aborrecen; bendecid a los que os maldicen; devolved bien por mal; orad por vuestros enemigos.»

JULIO MENÉNDEZ

## SELECTA

### POR LA PATRIA

¡Señor! ¡Mi patria llora!  
la apartaron ¡oh Dios! de tus caminos,  
y ciega hacia el abismo corre ahora  
la del mundo de ayer reina y señora  
de gloriosos destinos.